

excepcional versión de brahms

● OSCAR FIGUEROA

EL sello Columbia ha editado en stereo y en monofónico, la versión del doble concierto de Brahms que realizaron Bruno Walter, Zino Francescatti y Pierre Fournier, con una notable ejecución de la Obertura Trágica, como acople. A nuestro juicio esta es la mejor interpretación del concierto que la fonografía ha ofrecido hasta el presente. La identidad espiritual entre la música de Brahms y Walter es aquí más evidente aún que en sus memorables registros de las sinfonías.

El eminente director poseía, como ningún otro, esa propiedad indispensable para transmitir la esencia de la obra del hamburgués; hacerlo intenso y sereno, romántico y sobrio, denso y límpido a la vez. Además dispuso en esta ocasión de dos solistas excepcionalmente aptos para actuar juntos.

Francescatti y Fournier tienen cualidades comunes: son instrumentistas virtuosos; los dos se hallan primordialmente preocupados por la belleza del sonido y no por el volumen y han llegado a un verdadero preciosismo en ese aspecto. Entre los violinistas de nuestros días tal vez sólo David Oistrach posee la homogeneidad de timbre, a lo largo de todo el registro, que caracteriza a Francescatti, pero el color del instrumento del francés es esencialmente distinto, resulta más cristalino, casi diríamos "redondo". En el violoncelo, Fournier no tiene rivales en cuanto concierne a belleza de sonido. Como el de Francescatti, el suyo también tiene esa cualidad que denominamos redondez; es considerablemente

claro y posee un vibrato celosamente controlado.

También en el aspecto musical se les puede descubrir rasgos comunes. Ante todo ese "buen gusto", que parece atributo de los mejores artistas galos, y debe considerarse resultado de una cultura preocupada por la forma y una conducta que, a la expresión temperamental, antepone la ponderación. En el terreno interpretativo cuanto hacen es medido, sobrio, elegante y acertado. En lo meramente auditivo logran integrar los registros en una sucesión de immaculados sonidos que parecen emitidos por un único instrumento, como si el violoncelo no fuese sino la prolongación grave del violín.

Aparte de las virtudes enunciadas, los solistas muestran aquí otra digna de consideración: se someten sin falsos pruritos de personalismo a las intenciones expresivas de Walter, y así posibilitan esa unidad que distingue a la versión.

Lamentablemente el tono elogioso de esta nota no puede continuar cuando entramos a analizar la faz técnica del registro. La tendencia excesiva al agudo que presentan muchas veces las grabaciones Columbia —cuyo fin es obtener mayor brillo sonoro— se encuentra aquí exagerada. En la versión estéreo —procesada en parte en Brasil, donde habitualmente acentúan esa particularidad— constituye un defecto que pesa sobre el mérito interpretativo del disco, pues altera el color instrumental de la obra y consecuentemente le resta "pathos".

La copia monofónica es superior; va-

loriza comparativamente el registro central con una ligera mengua en la definición de la gama aguda. De todos modos, no es una placa rica en armónicos, pero resulta harto más adecuada que la edición estéreo. Como todo brahmsiano debe poseer el disco, aconsejamos la copia monofónica, salvo que se posea un aparato capaz de rebalancear satisfactoriamente agudos y graves. ♦

medea, por una gran cantante

TAMBIÉN Columbia presentó otro disco de interés poco común: los fragmentos de la más célebre ópera de Cherubini, "Medea", grabada por una cantante de singular talento, Eileen Farrell.

La obra permaneció prácticamente archivada hasta hace una década, cuando María Callas la exhumó primero en el Maggio Musicales y luego en la Scala, con dirección escénica de Lucchino Visconti. Desde entonces los principales teatros europeos y americanos la han repuesto. Ubicada en el período que va del clasicismo al romanticismo, presenta una forma de canto que puede definirse como continuo recitativo melódico —ubica constantemente a la voz en los extremos del registro— de línea austera, noble y de enorme potencia dramática.

Eileen Farrell, que protagonizó la ópera en San Francisco, ofrece una acabada elección de canto y de autoridad estilística y afronta una de las tesituras más arduas de toda la escena lírica con entereza y aún con verdadero brillo vocal, sobre todo en la difícilísima escena final.

El tenor André Turp, el barítono Ezi Flagello y el director Arnold Gamson la secundan con acierto. ♦